



# CONSEJOS AL LICENCIADO VALLARTA.



Ne sériamente,  
Muy por encima  
Deben notarse  
Sus tonterías;  
Que hacer gran caso  
De lagartijas,  
Es dar motivo  
De que repitan:  
Valemos mucho  
Por mas que digan.  
IRIARTE.

**C**UANDO en 25 de Setiembre llegó á San Pedro D. Santos Degollado con sus tropas, algunos de los que le siguen, repartieron al descuido y con cuidado varios impresos del discurso pronunciado en Sayula el 16 de Setiembre, por el Lic. D. Ignacio Vallarta. La nombradía que este señor tiene entre los degolladistas, de gran capacidad, mucho saber y la primera cabeza que acompaña á D. Santos, me escitaron vivamente á procurar adquirir un ejemplar de su discurso; lo obtuve con facilidad y me puse á leerlo. Comienza con estas palabras que tiene por testo: "Amen dico vobis, quia non præteribit generatio hæc donec omnia fiant."

Desde luego crei que el orador iba á tratar del juicio final, pues que las palabras que le sirven de testo, están tomadas del cap. 10, v. 36 del Evangelio de San Lucas, en que habla de las señales que precederán al dia del juicio, de la

venida del Hijo del hombre, sobre una nube, con gran gloria y magestad; "y cuando vieres estas cosas [dice testualmente el Evangelio] sabed que cerca está el reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sean hechas." Amen dico vobis quia non prateribit generatio haec, donec omnia fiant. Estas palabras son perentorias del juicio final, son completivas de las señales que anuncia, y segun el contesto natural del mismo capítulo, no pueden tener otra aplicacion.

Hablar, pues, del juicio final, en una solemnidad de esta clase, en un discurso cívico, se me hacia muy duro; pero reflexioné, que sin duda, alguna razon poderosa impulsaba al orador para obrar así. Héla aquí: el Cura Hidalgo y los otros héroes que combatieron con él, ya fenecieron, y por consiguiente fueron juzgados; luego el día 16 de Setiembre debe tratarse del juicio final. Continué con cuidado mi lectura, y ví que me equivocaba, porque nada dice del juicio final, como esperaba, ni cosa que se le parezca, pues lo que hace veces de exordio, ni está contenido en el texto, ni remotamente se deduce de él; ni lo restante del discurso guarda la mas mínima analogía ó semejanza con el texto, de suerte que está por demas; aunque algun muchacho retórico inflexible, añadiría, que eso es porque el Sr. Lic. D. Ignacio Vallarta, no sabe las reglas del arte que entran en el mecanismo de un discurso.

Después de haber terminado la lectura del sublime discurso de Vallarta, debo confesar francamente, me quedé *sicut erat in principio*; pero sí, bastante abrumado y aturdido con su palabrería insoportable, que en nada se funda, en nada se fija; todo es vaguedad, incertidumbre, vacío: reproduce servilmente las invectivas crueles, las soeces calumnias que se han repetido hasta el fastidio y vertió á torrentes el inmundo pasquin, titulado: "La Revolucion." Si alguno intentara seriamente refutarlo, no lo conseguiría, porque no presenta un plan compacto y seguido de doctrina, sino que continuamente varía: parece que discurre á saltos, y valiéndose de infinitos rodeos, de donde resulta un laberinto tan confuso é intrincado, que no podria penetrarse ni con el ovido de hilo de Ariadna. Sin embargo, en medio de este hacinamiento informe de especies sueltas, se deja ver de vez en cuando con un tono inspirado y profético, y con el cual amenaza, anuncia catástrofes, maldice, desea la muerte y esterminio de algunas clases, no olvidándose, por supuesto, de sembrar aquí y acullá horribles blasfemias; de desgarrar algunos lugares de la Sagrada Escritura, entendiéndolos á su modo y apoyando en ellos sus locos deseos, sus ridículos pronósticos. Aquellas y estos, han llamado mi atencion y me han determinado á escribir estas líneas.

El orador, en varios párrafos que frecuentemente interrumpe con digresiones estrañas, prueba la conveniencia y utilidad de la revolucion de Hidalgo, de que nadie duda; y se avanza en seguida á probar, lo justo y lícito de todas las revoluciones en general. Las examina en todas sus facies, pondera sus ventajas, encarece los bienes que han dispensado á la humanidad, y concluye divinizándolas. Oigámosle: "En el estado de adelanto que hoy alcanza la ciencia social, no es lícito ya mirar á la guerra como el azote de Dios. No: la guerra es un elemento

altamente civilizador y benéfico, y la humanidad debe á ella sus mas grandes adelantos.".....

"La revolucion no es tampoco todo eso que de ella han dicho los espíritus merquinos que no comprenden los grandiosos destinos de la humanidad: la revolucion es una exigencia de la perfectibilidad del hombre, es el necesario resultado de la ley moral."..... "la palabra revolucionaria del Verbo (Jesucristo) fundó un nuevo órden religioso y social, y esa palabra que aun no tiene su cumplimiento político ni internacional, está todavía levantando gentes contra gentes y pueblos contra pueblos."

Por lo que se ve; la revolucion, en sentir del señor orador, es un elemento civilizador, la humanidad debe á ella sus adelantos; es la perfectibilidad del hombre, el resultado de la ley moral: pues bien, el orador repentinamente varía y formalmente se contradice: ya no la considera como un bien, como un elemento civilizador, sino como un mal, como un castigo tremendo con que amenaza á los que se resistan al progreso. "Hombres ciegos que no comprendéis las leyes del mundo de la inteligencia, ¿no queréis el progreso? Pues tendreis la revolucion que viene, no á traer la paz, sino la guerra."

Estas últimas palabras, aun cuando no están citadas con fidelidad, las pone el licenciado entre comillas, dando á entender que son tomadas, aunque no sabe de qué parte, se lo diré: lo son del Evangelio de San Mateo, en el cap. 10, lo mismo que las otras en que se apoya el Lic. para decir que la palabra del Verbo está todavía levantando gentes contra gentes y pueblos contra pueblos, dicen así: "No penseis que vine á meter paz [1] sobre la tierra; no vine á meter paz, sino espada, [2] porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra y los enemigos del hombre los de su casa. El que ama á padre ó á madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á hijo ó hija mas que á mí, no es digno de mí."

¿De dónde, pues, saca el Lic. Vallarta, esa revolucion, esa guerra con que amenaza á los que se resistan al progreso, cuando tontamente les dice estas palabras de Jesucristo, que "viene, no á traer la paz sino la guerra?"

La paz, Sr. Vallarta, que Jesucristo dice viene á quitar de la tierra, es la paz falsa, aquella que adormece al impío en las sombras y tinieblas de la muerte; su espada con que viene á herir, es su divina palabra, que penetra en el corazon del mas endurecido ateo, y ahí se hará escuchar: la guerra que trajo es, no contra los hombres, sino contra sus pasiones, hasta sujetarlas á la razon y ésta á la ley. Las grandes divisiones de hijos contra padres y padres contra hijos, estaban ya profetizadas por Micheas, repetidas casi en los mismos términos en el

[1] La paz que el mundo desea, la paz terrena y falsa.

[2] La palabra de Dios se llama en la Escritura una espada espiritual, una espada de dos filos que alcanza hasta dividir el alma, las coyunturas y tuétanos, y que discierne los pensamientos y las intenciones del corazon. Esta es la espada, dice San Hilario, que el Hijo de Dios vino á traer sobre la tierra cuando por su palabra viva y eficaz como la llama San Pablo, produjo estas grandes separaciones de que se habla aquí, permitiendo que las familias, las que abrazaban la fé, tuvieren por enemigos á aquellos de su propia casa que resistian á la palabra de la verdad. Notas de Scio.

Evangelio, y confirmadas por la historia: ábrala vd. Sr. Vallarta y ahí encontrará vd. á una hermosa y casta Bárbara, que no solo se aparta de su padre, sino que le resiste, sin que sea bastante á doblegar su constancia, en negarse á tributar adoraciones á los ídolos, ni los mas acerbos tratamientos, ni la misma muerte que recibe de mano de su desnaturalizado padre. Verá vd. tambien á Hermenejildo, rey arriano, hijo de Leovigildo rey de los vicegodos y tambien arriano, que habiendo sido convertido al cristianismo por la predicacion de Leandro, obispo Hispalense, quedó por solo este hecho, enemigo de su padre arriano, quien habiendo echado mano de las promesas y de las amenazas para apartar á su hijo Hermenejildo de la fé que habia abrazado, lo despojó del reino y le dió la muerte. Así se han verificado los levantamientos de hijos contra padres, y padres contra hijos; no por el progreso ó mejoras sociales ó por sostener un partido, como vd. lo entiende, Sr. Lic., sino por la fé cristiana como es evidente.

Si con ese su modo favorito, sigue vd. interpretando las Santas Escrituras, encontrará vd. en ellas los fundamentos para cuantas utopias sueñe; probará vd., si le place, que la propiedad es un robo, que la pluralidad de mugeres es una exigencia de la perfectibilidad humana, y muy conforme á la Escritura, pues San Pablo dice, que se tenga la muger como si no se tuviese.

No, Sr. Vallarta: entienda vd. que la Escritura Sagrada, es una ciencia, y no una ciencia cualquiera, sino superior á todas las ciencias, para cuya mediana adquisicion, se necesita una buena dosis de talento, juicio muy recto y conocimientos no vulgares, y por esta razon no es dado á todos poseerla. Recuerde vd. los sagrados libros de las Sibilas, ninguno metia la mano en ellos, ni el mismo rey se atrevia á explicarlos ó á interpretarlos: solo la profetiza daba sus oráculos en medio de la mas grande solemnidad, ridícula tal vez; pero que en ello manifestaban su profundo respeto á sus escrituras sagradas. Traiga vd. á la memoria el libro de las leyes de Minos, guardado en una caja de oro, llena de los mas exquisitos perfumes, porque los cretences juzgaban que despues de los dioses, están las buenas leyes, que hacen á los hombres virtuosos y felices; y no las explicaban los nécios, sino el consejo venerable de los ancianos, hombres todos llenos de saber, virtud y esperiencia. ¿Y no se ruboriza vd., que el gran código del cristianismo, el testamento del Dios-Hombre se haya tan cruelmente desgarrado por charlatanes ridículos, por gerundios indecentes que, siendo neófitos en la religion, se meten á pedagogos, tomando la palabra divina para confirmar sus delirios, ó haciendo que sirva de premisas á conclusiones cínicas?

Supongo que vd. convendrá fácilmente conmigo en estas ideas que no son de memoria, sino fundadas sobre hechos; y entre tanto, fijemos la atencion sobre una proposicion que vd. formalmente sienta, y es la siguiente:

“Jesucristo el prototipo de los revolucionarios”.... Aquí es preciso hacer al ex-diputado Vallarta algunas preguntas. Dígame vd., sapientísimo Lic., ¿pensó vd. seriamente lo que dijo? ¿Cree vd. á fuer de hombre honrado, que cuanto odioso revolucionario ha habido desde que el mundo existe, todos, sin escepcion, han encontrado en Jesucristo su prototipo? ¿Se atreve á hacer á Jesucris-

to, es decir, á la Santidad por esencia, modelo el mas perfecto y acabado de los crímenes mas viles é infames? ¡Insensato! solo un cerebro trastornado ó un corazon podrido, pudo inspirarle tan horripilante blasfemia. ¿Y así declama vd. furibundo, contra el clérigo sacrilego, contra su fanatismo, supersticion é ignorancia, cuando vd. en tan poco se deja ver *sicut equus et mulus quibus non est intellectus?*

¡Cosa estraña! siempre que la demagogia impudente estampa sus delirios, ó los funda en las Santas Escrituras, entendiéndolas á su modo, ó en el mismo Jesucristo: ahora le ocurrió al Lic. Vallarta hacer la apotéosis de la revolucion, y toma á Jesucristo por el prototipo de los revolucionarios; no hace mucho que otro *ejusdem furfuris* habló de igualdad, y llama á Jesucristo el *Ciudadano Jesus*; mañana tratará algun otro, de fraternidad, y hará de Jesucristo *su amigo ó compañero, vale ó aparcerero*, segun sea de decente y culto el escritor que tal haga, porque todo puede esperarse del *progreso* y de la *perfectibilidad indefinida del hombre*.

Prosigue el Lic. su tarea, y planta este silogismo condicional: “Si las revoluciones se juzgan solo por los males que causan, y se odian por su mision destructora, hay que reprobador todo avance hácia el progreso, hay que renegar de Jesucristo que causó la revolucion mas honda que registran los anales de la humanidad.” Se vé en este silogismo, que la proposicion mayor, que es la condicional, la robustece el Lic. con dos razones: el progreso y la revolucion de Jesucristo, mayor que todas; de modo que reducido á términos, éste es su famoso silogismo.

Si las revoluciones se juzgan solo por los males que causan, y se odian por su mision destructora, se ha de odiar la revolucion de Jesucristo superior á todas, tanto en los males causados como en su mision destructora; esto no puede decirse: luego no se han de odiar las demas revoluciones.

Decir con descaro que el cristianismo es la mayor revolucion que ha habido, por los males que ha causado y por su mision destructora, es hacerlo superior á la invasion de los bárbaros del Norte y del Medio-Dia de la Europa, que aniquilaron al coloso romano, y que es la mas grande revolucion que se registra en los anales de la historia; y asegurar tomano desatino, es tener ojos y no ver; oídos y no oír: es hablar por los codos y corromper *tamquam muta animalia* hasta lo que naturalmente se palpa. Y esto no merece otra respuesta que la que se dá al niño mal criado cuando se le escapa una insolencia, tres azotes. Y advierta el Sr. Lic. que se le trata con demasiada benignidad, señalándole castigo tan ligero; pues, su señoría, como si tuviera en sus manos las llaves del pozo del abismo, fulmina pena de condenacion eterna, no ya al que desprece sus desatinos, sino al que siquiera no los comprenda: “el que no comprenda *estas verdades*, sus errores son signo de su reprobacion eterna;” ¡quién no tiembla!

Estremecer, hace en verdad, nuestro sábio Lic., cuando concluida su admirable apotéosis revolucionaria, se encarga á todo su sabor de sus enemigos políticos: aquí agota el diccionario de los insultos y calumnias; pero como estos ni son razones ni argumentos; antes bien, signos naturales de la carencia ó falta de ellos, en buena lójica, como en buena crianza, no se contestan sino con el des-

precio. Si me voy á ocupar lijeramente de ellos, es por cumplir con una de las obras de misericordia, *dar buen consejo al que lo ha menester*; el Lic. lo necesita mucho, y yo le hago *esta caridad*.

Enseña magistralmente que los enemigos de Hidalgo é igualmente suyos, son el partido conservador, antiguo amigo del rey, y compuesto de tres clases de individuos: del ejército que combate por comer; del clero que excomulga por venganza, *roba*, estupra, &c., y de los dependientes del clero. Pinte con los mas vivos colores el furor del partido conservador contra Hidalgo; lo envilece personificándolo en la historia de Alaman; desea su ruina; y augura, por último, la mas encantadora paz con la muerte y esterminio indefectible del partido conservador.

Va á dar principio el señor abogado Vallarta.

Atencion noble auditorio:  
Que 'a bandurria he templado,  
Y han de dar gracias cuando oigan  
La jácara que les canto.

“Los que condenan, dice, la obra de Hidalgo, habrían sido contemporáneos de Jesucristo, los que gritaban con necedad sacrilega ante Pilatos: *crucifixe crucifixe eum*.” ¡Qué bella figura! ¡qué pinceladas tan atrevidas! ¡oh! esto es un arranque sublime del génio! ¡es una creacion! Y dicen [que el Lic. es un simple gerundio, ¡mentira! es un *plusquam perfecto*, es un *supino*.

Por inexacto, pésimo y ridículo . . . . . R. R. R.—Personifica el partido conservador. “El partido conservador ha comenzado por infamar la memoria de Hidalgo y de nuestros héroes; dígalos si no la desvergonzada historia de Alaman.” Luego el partido conservador es la historia de Alaman: luego el ejército, el clero y los dependientes de éste, son la historia de Alaman: luego la historia de Alaman lo trae errante entre las montañas: ergo . . . . . erguito, ¡viva la lójica del filósofo Vallarta!

Cuando vd. se proponga, Sr. Lic., (aquí va el consejo) ensalzar ó deprimir un partido cualquiera, no ande vd. con raterías: fije su mirada fuera del reducido horizonte de su patria: consulte vd. ese gran libro que penetra todos los países, rasga todos los velos y desenvuelve á nuestra vista las edades que el tiempo habia enrollado; ahí aprenderá vd. á juzgar con acierto á los hombres y á las cosas, porque encontrará vd. la clave, el resorte de las diversas inclinaciones del corazon humano, que lo han movido á practicar acciones heroicas, virtudes sublimes, ó estravíos y ruindades, que han sido el tropiezo de la inocencia y del honor. En ese gran cuadro vendrán á herir agradablemente su vista, los rayos de hermosísima luz que despiden hechos grandiosos, formando épocas imperecederas é incontrastables, en medio de las revoluciones del globo y la carrera de los siglos, ó bien hombres extraordinarios por sus virtudes ó vicios, que dieron su nombre á su siglo, ó lo han transmitido entre corrientes de oro hasta la mas remota posteridad. De este tesoro inagotable tomará vd. lo que le agrade para el lo-

gro de su objeto: así probará vd. palmariamente á los hombres de mezquina inteligencia, al partido conservador que vd. la posee en un grado muy elevado, ó por lo menos, que es vd. hombre de un espíritu cultivado y de buen gusto.

Si yo que soy el polvo que sus plantas pisan, imitando su impropiedad y falta absoluta de toda analogía, me propusiera personificar ambos partidos, diciendo: que el partido demagójico estaba representado en el califa Omar, que seducido por el sofisma del vicio, quemó imbécil la famosa biblioteca de Alejandria, privando al mundo de los mas raros tesoros, porque así lo exijia el *progreso* siempre creciente y que *aplata* á su paso cuanto le opone alguna resistencia. Y que el partido conservador está identificado en el opulento Lorenzo de Médisis, que empleó sus caudales mejor que Crespo, dando espléndida y generosa hospitalidad á tanto ilustre fugitivo que habia lanzado de Constantinopla el *progresista* Mahomet II, y cuya hospitalidad no fué temporal sino que pasó á perpetuarla con mayor munificencia, su sábio hijo, el jóven Pontífice Leon X, quien para *conservar* las artes y las ciencias que *el progreso* hubiera extinguido, se veia rodeado como de una asamblea de inmortales, de todos los génios del Oriente y Occidente que habia llamado á su familiaridad y trato íntimo, y á disfrutar su proteccion amplísima. Haciendo con esto su corte, la mas brillante de la Europa, y dando su nombre á su siglo, como lo dieran Alejandro, Augusto y Luis XIV.

Si así me espesara, es preciso que vd. confiese, Sr. Lic., no andaria tan des acertado ni con tanta impropiedad y bajeza; pues á mi ver, en uno de esos personajes está retratado el partido de destruccion ó *progreso*, y en el otro el llamado de retroceso ó *conservador*. Al menos este lenguaje seria menos chocante á las almas grandes á quienes vd. se dirige, que no el que vd. emplea sin pensarlo, propio de almas viles y mezquinas . . . . guerra á muerte, grita vd. invitando á la destruccion del partido conservador. “Guerra á muerte al elemento conservador; persigámosle de dia y de noche; destruyámosle con el fusil y con el martillo, con el cañon y con la pica. El dia que exhale su último corrompidísimo aliento ese elemento conservador, nuestra patria tendrá la paz.” ¡Qué rabia, qué desesperacion! digna de la causa que sostiene; pero envaine vd., Sr. Carranza, calma Sr. Lic., serénese vd.; suyo es el triunfo, suyo el fusil, el martillo, el cañon, la pica, tambien *la hacha*. No nos mate vd., mándenos á un lugar desierto é inhospitalario; ahí besaremos la mano bienhechora que nos perdona la vida; pero entre tanto llega ese dia deseado, apetecido y suspirado, es menester que vd. conozca, que con ese lenguaje no se inflama el noble entusiasmo de las almas grandes y generosas; sino que es propio para enardecer el instinto de matanza y de pillaje de los léperos de puñal, cuyas pasiones se alían muy bien con la violencia ciega y la fuerza ruda que vd. emplea, porque rudas y ciegas son sus pasiones.

¿Pero para qué pierdo el tiempo en inútiles consejos, cuando nuestra suerte está decidida? no hay remedio: hé aquí la tremenda profecía Vallartaña.

“Dos partidos enemigos desde el 15 de Setiembre de 810, luchan cuerpo á cuerpo: ¿quién sucumbirá? ¿Para quién será esa gran tumba que nuestra historia tiene ya preparada? Mejicanos de corazon cobarde, no temais! “Los privilegios pasarán; pero el pueblo es eterno,” ha dicho el grande apóstol de la democracia

moderna. “Los cielos y la tierra pasarán; pero mi palabra es eterna, ha dicho el Divino Fundador del cristianismo.”

Por Dios, Sr. Lic., pasman los crasos desbarros de vd.; parece que discurre como punta de bola. Trátase de saber cuál de los dos partidos triunfará: vd. decide que el suyo, fundándose en las palabras del apóstol de la democracia y en las de Jesucristo. ¿Pero, qué es lo que dice Jesucristo á este propósito en las palabras que vd. cita? ¿que el pueblo es eterno? mentira; porque muy terminantemente dice: que los cielos y la tierra pasarán; luego el pueblo pasará: ó cree vd. que la divina palabra de Jesucristo esté encarnada en la democracia para que sea eterna? Esto sería un garrafal inaudito, mas imposible de concebirse, que la cuadratura del círculo. ¿Para qué, pues, desgarras vd. las palabras de Jesucristo, trayéndolas tan sin gracia, tansin propiedad, tan sin analogía para hacerlas decir lo que no dicen y confirmar con ellas sus patrañas ridículas, sus estranvangantes absurdos?

Si esto dice el regente de los bellos ingenios que se agitan y revolotean al rededor de Degollado, ¿qué dirán los demas? *ab uno disce omnes.*

Guadalajara, Octubre de 1858.

*Un Conservadrecillo.*



**GUADALAJARA.**

Tipografía del gobierno, á cargo de LUIS P. VIDAURRI.

1859.

